



CAPÍTULO III.

De los preparativos que se hicieron para el casamiento de Gil Blas, y del grande acontecimiento que los inutilizó.



OLVAMOS á mi bella Gabriela, con quien dentro de ocho dias habia de celebrar mi matrimonio. Por ambas partes se hacian preparativos para esta ceremonia. Salero compró ricos trages para la novia, y yo le busqué una doncella, un lacayo y un escudero anciano, todo lo cual eligió Escipion, que esperaba todavía con mas impaciencia que yo el dia en que habian de entregarme la dote.

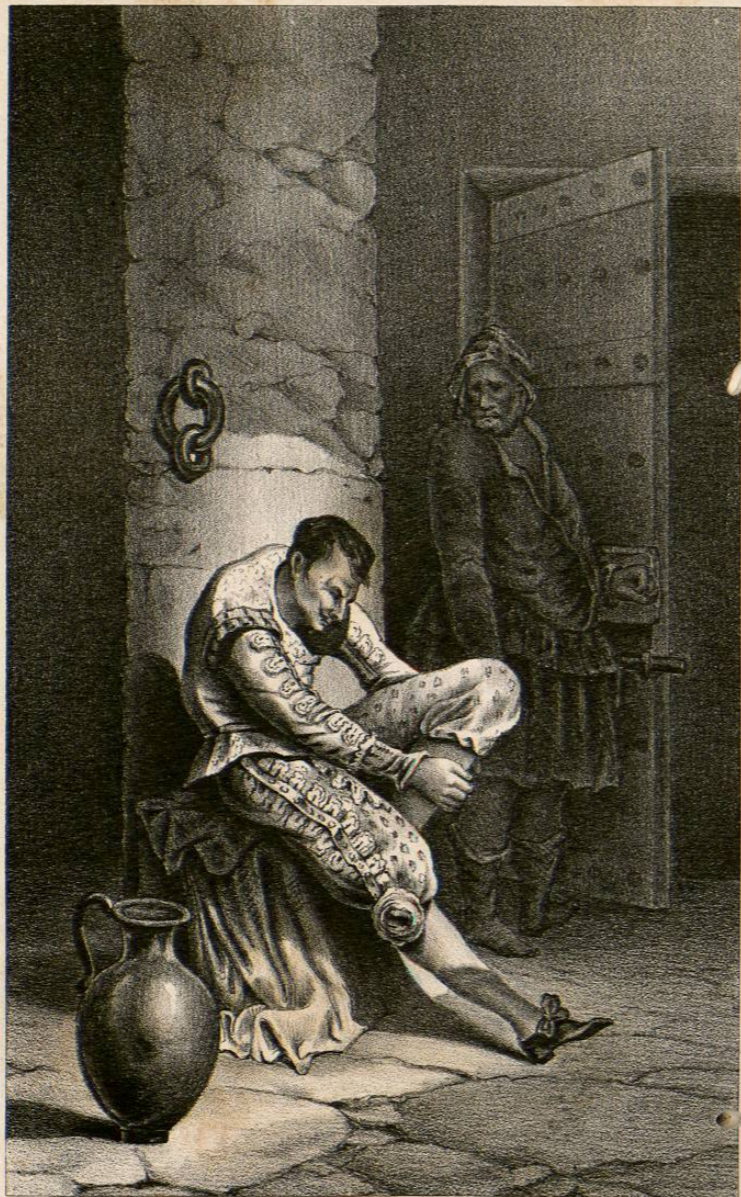
La víspera de este dia tan deseado cené en casa del suegro, con tios, tias, primos y primas de mi novia. Hice perfectamente el papel de un yerno hipócrita; mostréme muy obsequioso con el platero y su muger; fingíme apasionado de Gabriela, agasajé á toda la familia, cuyas conversaciones y espresiones majaderas y toscas escuché con paciencia; y así en premio de ella tuve la dicha de agradar á todos los parientes, que se alegraron de mi enlace con ellos.

Acabada la comida pasaron los convidados á una gran sala, en donde habia dispuesta una música de voces é instrumentos que no se ejecutó mal, aunque no se hubiesen elegido las mejores habilidades de Madrid. Nos puso de tan buen humor lo bien que cantaron, que empezamos á bailar. Dios sabe con qué primor, pues me tuvieron por discípulo de Terpsícore, aunque no tenia mas principios de este arte que dos ó tres lecciones que en casa de la marquesa de Chaves me habia dado un maestrillo de baile que iba á enseñar á los pages. Despues de habernos divertido bastante pensamos en retirarnos, y entonces prodigué las cortesías y cumplimientos.—A Dios, mi amado hijo, me dijo Salero abrazándome: mañana por la mañana iré á tu casa á llevar el dote en buena

moneda de oro.—Será vd. bien recibido, respondí, amado padre mio. Luego, habiéndome despedido de la familia subí en mi coche que me esperaba á la puerta, y tomé el camino de mi casa.

Apenas habia andado doscientos pasos, cuando quince ó veinte hombres, unos á pié y otros á caballo, armados todos de espadas y carabinas, rodearon mi coche, y lo detuvieron gritando:—*Favor al rey*. Hiciéronme bajar aceleradamente, y me metieron en una silla de posta á donde el principal de ellos subió conmigo, y dijo al cochero que tomase el camino de Segovia. Juzgué que el que iba á mi lado era algun honrado alguacil, y habiéndole preguntado el motivo de mi prision, me respondió del modo que acostumbran estos señores, quiero decir brutalmente, que no tenia necesidad de darme cuenta de él. Yo le dije que quizá se equivocaba.—No, no, respondió, estoy seguro de que no he errado el golpe. Vd. es el señor de Santillana; á vd. es á quien tengo órden de conducir á donde le llevo. No teniendo nada que replicar á esto, tomé el partido de callar. Lo restante de la noche caminamos por la orilla del rio Manzanares con un profundo silencio. En Colmenar mudamos de caballos, y llegamos á la caída de la tarde á Segovia, en cuya torre me encerraron.





CAPÍTULO IV.

De qué modo fué tratado Gil Blas en la torre de Segovia, y de cómo supo la causa de su prision.



O primero fué meterme en un encierro sin mas cama que un jergon de paja, como si fuese un reo digno del último suplicio. Pasé la noche, no con el mayor desconsuelo, porque todavía no conocia todo mi mal, sino repasando en mi imaginacion qué seria lo que habria acarreado mi desgracia. No dudaba fuese obra de Calderon; sin embargo, por mas que lo sospechase, no comprendia cómo hubiese podido conseguir que el duque de Lerma me tratase con tanta crueldad. Otras veces me imaginaba que me habrian preso sin noticia de S. E., y otras que este señor mismo me habria hecho arrestar por alguna razon política, como suelen hacer algunas veces los ministros con sus favoritos.

Agitado con estas varias conjeturas, ví á favor de una luz que entraba por una reja, pequeña lo horroroso del sitio en donde me hallaba. Me afligí entonces en extremo, y mis ojos fueron dos raudales de lágrimas, que la memoria de mi prosperidad hacia inagotables. Cuando estaba en la mayor afliccion entró en el encierro un carcelero que me traia para aquel dia un pan y un cántaro de agua. Me miró, y viendo que tenia el rostro bañado en lágrimas, aunque carcelero se movió á compasion, y me dijo:—No se desanime vd., señor preso: las desgracias de la vida se han de sufrir con resignacion. Vd. es jóven, y tras de este tiempo vendrá otro. Entre tanto coma vd. con gusto el pan del rey.

Diciendo esto, se retiró mi consolador, á quien solo respondí con suspiros. Todo el dia lo emplee en maldecir mi estrella, sin pensar en comer nada de mi racion, que en el estado en que me hallaba, mas me parecia un efecto de la indignacion del rey, que un presente de su bondad, pues servia mas bien para prolongar la pena de los desgraciados que para mitigarla.

En esto llegó la noche, y al instante oí un gran ruido de llaves que me llevó la atencion. Abrieron la puerta del calabozo, y entró un hombre con una bugía en la mano, el que llegándose á mí, me dijo:—Señor Gil Blas, vea vd. á uno de sus amigos antiguos.—Yo soy aquel Don Andres de Tordesillas que vivia con vd. en Granada, y era gentil-hombre del Arzobispo cuando vd. gozaba del favor de aquel prelado. Vd. le pi-

dió, si hace memoria, que me diese un empleo en México, para el cual se me nombró; pero en lugar de embarcarme para Indias, me quedé en la ciudad de Alicante. Allí me casé con la hija del capitán del castillo, y por una serie de sucesos, que contaré á vd. luego, he venido á ser alcaide de la torre de Segovia. Vd. ha tenido la fortuna, continuó, de encontrar en un hombre que tiene el cargo de maltratarle, un amigo que nada escaseará para suavizar el rigor de su prision. Tengo orden expresa de que no deje á vd. hablar con nadie, que le haga dormir sobre paja, y que no le dé mas alimento que pan y agua; pero además de que soy caritativo, y no habia de dejar de compadecerme de sus males, vd. me ha servido, y mi agradecimiento puede mas que las órdenes que he recibido. Lejos de servir de instrumento para la crueldad que se quiere usar con vd., mi ánimo es tratarle lo mejor que me sea posible. Levántese vd., y véngase conmigo.

Mi ánimo estaba tan turbado que no pude responder una sola palabra al señor alcaide, aunque sus expresiones merecian tanta gratitud. Le seguí, me hizo atravesar un patio, y subir por una escalera muy estrecha á una pequeña pieza que habia en lo alto de la torre. Habiendo entrado en ella me sorprendí bastante al ver sobre una mesa dos velas que ardian en candeleros de cobre, y dos cubiertos bastante limpios.—Inmediatamente, me dijo Tordesillas, van á traer de comer á vd.; ambos cenaremos aquí. Le he destinado para su habitacion este cuartito, en donde estará mejor que en el encierro, pues verá desde su ventana las floridas riberas del Eresma, y el valle delicioso que desde el pié de las montañas que separan las dos Castillas se estiende hasta Coca. No dudo que al principio no le hará ninguna impresion una vista tan agradable; pero cuando el tiempo haya hecho suceder una dulce melancolía á la amargura de su dolor, tendrá gusto en recrear la vista con unos objetos tan deleitables. Además de esto cuente vd. con que no le faltará ropa blanca, ni las demás cosas que necesita un hombre amigo del aseo. Sobre todo, tendrá vd. buena cama, estará bien mantenido, y le proporcionaré los libros que quiera; y en una palabra, todas las comodidades de que puede disfrutar un preso.

Con tan corteses ofertas me sentí algo aliviado, cobré ánimo, y dí mil gracias á mi carcelero. Le dije que su generoso proceder me restituia la vida, y que deseaba hallarme en estado de manifestarle mi gratitud.—¿Pues por qué no habria de volver vd. á verse en su primer estado? me respondió: ¿Cree vd. haber perdido para siempre la libertad? Se engaña si así lo piensa; y me atrevo á asegurarle que con algunos meses de prision habrá vd. pagado.—¿Qué dice vd., Señor Don Andres? exclamé. Parece que vd. sabe el motivo de mi desgracia.—Confieso, me dijo, que

no lo ignoro. El alguacil que ha conducido á vd. aquí me ha confiado este secreto, y no tengo dificultad en revelárselo. Me ha dicho que, informado el rey de que vd. y el conde de Lémos habian llevado de noche al príncipe de España á casa de una dama sospechosa, acababa, para castigaros de ello, de desterrar al conde, y enviaba á vd. á esta torre, para ser tratado en ella con todo el rigor que ha experimentado desde que vino.—¿Pues, cómo, le dije, ha llegado á saber esto el rey? Esta circunstancia quisiera yo saber particularmente.—Y esto es, respondió, lo que cabalmente no me ha dicho el alguacil, y lo que á la cuenta ni aun él mismo sabe.

En este punto de nuestra conversacion entraron muchos criados que traian la cena. Pusieron en la mesa pan, dos tazas, dos botellas y tres fuentes, en la una de las cuales venia un guisado de liebre con mucha cebolla, aceite y azafran; en la otra una olla podrida, y en la tercera un pavo con salsa de tomate. Luego que vió Tordesillas que nos habian servido lo necesario, despachó á sus criados para que no oyesen nuestra conversacion. Cerró la puerta, y nos sentamos el uno en frente del otro.—Empecemos, me dijo, por lo mas urgente: despues de dos dias de dieta, es preciso que vd. tenga buen apetito; y diciendo esto me hizo un buen plato. Creía servir á un hambriento, y efectivamente tenia motivo para pensar que yo me atracaria de sus manjares; sin embargo, engañé sus esperanzas, pues por mucha necesidad que tuviese de comer, los bocados se me quedaban atravesados en la boca sin poder tragarlos: tan oprimido tenia el corazón á causa de mi estado actual. En vano mi alcaide, para alejar de mi espíritu las crueles ideas que sin cesar le afligian, me escitaba á beber, y celebraba lo esquisito de su vino, pues aun cuando me hubiera dado néctar, le hubiera bebido entonces sin gusto. Él lo conoció, y tomando otro rumbo se puso á contarme con estilo alegre la historia de su casamiento; pero con esto todavia consiguió menos el fin. Escuché su relacion tan distraido que, cuando la concluyó, no hubiera podido decir lo que acababa de contarme. Juzgó que era demasiada empresa querer entretener por aquella noche mis penas. Despues de concluida la cena se levantó de la mesa, y me dijo:—Señor de Santillana, voy á dejar á vd. descansar, ó mas bien meditar con libertad sobre su desgracia; pero repito que no será de larga duracion. El rey es naturalmente bueno, y cuando se le haya pasado el enfado, y considere la deplorable situacion en que cree á vd., le parecerá que está bastante castigado. Dicho esto, el señor alcaide bajó é hizo que subiesen los criados á quitar la mesa. Se llevaron hasta las luces, y yo me acosté á la escasa luz de un candel colgado en la pared.



CAPÍTULO V.

De lo que reflexionó antes de dormirse, y del ruido que le despertó.

DOS horas por lo menos se me pasaron en reflexionar sobre lo que me habia dicho Tordesillas. Conque aquí me estoy, decia, por haber contribuido á los placeres del heredero de la corona. ¡Qué imprudencia ha sido el haber servido en semejantes cosas á un príncipe tan jóven! Pues todo mi delito consiste en que es muy niño. Quizá el rey, en lugar de haberse irritado tanto, se hubiera reido si fuese de mas edad. ¡Pero quién habrá dado semejante aviso al monarca, sin haber temido el resentimiento del príncipe y el del duque de Lerma? Sin duda éste querrá vengar al conde de Lémos su sobrino. Pero lo que yo no puedo comprender es cómo el rey ha podido descubrirlo.

Siempre volvía á pensar en esto. Sin embargo, lo que mas me affigia, mas me desesperaba, y lo que no podia desechar de mi imaginacion, era el saqueo que temia habrian padecido todos mis efectos. ¡Tesoro mio! exclamé, ¿dónde estás? Amadas riquezas mias, ¿qué ha sido de vosotras? ¿en qué manos habeis caido? ¡Ay de mí, os he perdido en menos tiempo del que os gané! Me representaba el desórden que habria en mi casa, y sobre esto hacia reflexiones á cual mas tristes. La confusion de tantos pensamientos diferentes me sepultó en una tristeza que me fué provechosa, pues cogí el sueño que la noche antes no habia podido reconciliar. Tambien contribuyeron á ello la buena cama, la fatiga que habia padecido, y los vapores del vino y de la cena. Me quedé profundamente dormido, y segun las señales no habria amanecido así, á no haberme despertado de improviso un ruido bastante extraordinario para una cárcel. Oí tocar una guitarra, y á un hombre que cantaba al son de ella. Escuché con atencion; pero ya nada oí.

Creí que era un sueño; pero de allí á un instante volví á oír el mismo instrumento, y que cantaban los versos siguientes:

¡Ay de mí un año felice
Parece un soplo ligero;
Pero sin dicha, un instante
Es un siglo de tormento.

Esta copla, que parecia se habia compuesto de intento para mí, aumentó mis pesares. La verdad de estas palabras, me decia yo, hartó la experimento. Me parece que el tiempo de mi felicidad ha pasado bien pronto, y que hace un siglo que estoy preso. Volví á sepultarme en una terrible melancolía y á desconsolarme como si tuviese gusto en ello. Mis lamentos dieron fin con la noche; y los primeros rayos del sol que alumbraron mi estancia calmaron un poco mis inquietudes. Me levanté á abrir la ventana para que entrase el aire en el cuarto; miré el campo, cuya vista me trajo á la memoria la bella descripcion que el señor alcaide me habia hecho de él; pero no encontré objetos con que acreditar la verdad de lo que me habia dicho. El Eresma, que yo creía á lo menos igual al Tajo, me pareció solo un arroyo. La ortiga y el cardo eran el único adorno de sus *riberas floridas*, y el supuesto *valle delicioso* no ofreció á mi vista sino tierras, la mayor parte incultas. Al parecer todavía no gozaba yo de aquella dulce melancolía que debia representarme las cosas de otro modo de como las veía entonces.

Estaba á medio vestir cuando llegó Tordesillas acompañado de una criada anciana que me traía camisas y toallas.—Señor Gil Blas, me dijo, aquí tiene vd. ropa blanca; use vd. de ella sin reparo, que yo cuidaré de que la tenga siempre de sobra. Y bien, añadió, ¿cómo ha pasado vd. la noche? ¿ha aplacado el sueño sus penas por algunos instantes?—Puede ser, respondí, que durmiera todavía si no me hubiera despertado una voz acompañada de una guitarra.—El caballero que ha turbado su reposo, respondió, es un reo de estado que está en un cuarto inmediato al de vd. Es un caballero de la orden de Calatrava, y de muy buena presencia, que se llama Don Gaston de Cogollos. Si ustedes quieren pueden tratarse y comer juntos, y así en sus conversaciones se consolarán mutuamente, y para ambos será esto de mucha satisfaccion. Manifesté á Don Andrés que agradecia infinito la licencia que me daba de unir mi dolor con el de este caballero; y como diese á entender mi vivo deseo de conocer á aquel compañero en mi desgracia, nuestro cortés alcaide desde aquel mismo dia me proporcionó este gusto. Comí con Don Gaston, cuyo bello aspecto y gentileza me cautivaron. ¿Cuál seria su hermosura cuando deslumbró mis ojos acostumbrados á ver la juventud mas bella de la corte? Imáginese un hombre que parecia una miniatura, uno

de aquellos héroes de novela, que para desvelar á las princesas no necesitaba mas que presentarse: añádase á esto que la naturaleza, que comunmente distribuye con desigualdad sus dones, habia dotado á Cogollos de mucho valor y entendimiento, y se formará una ligera idea de las perfecciones que le adornaban.

Si él me hechizó, por mi parte tuve la fortuna de no desagradarle. Aunque le supliqué no dejase de cantar por mí de noche, nunca volvió á hacerlo temiendo incomodarme. Dos personas á quienes aflige una mala suerte se unen con facilidad. A nuestro conocimiento se siguió bien presto una tierna amistad, la cual se estrechó cada dia mas. La libertad que teníamos de hablar cuando queríamos nos sirvió muchísimo, pues en nuestras conversaciones nos ayudábamos recíprocamente á llevar con paciencia nuestra desgracia.

Una siesta entré en su cuarto á tiempo que se preparaba á tocar la guitarra. Para oírle mas cómodamente me senté en un banquillo, que era la única silla que tenia, y él sobre su cama: tocó una sonata tierna, y cantó despues unas coplas que esplicaban la desesperacion á que reducía á un amante la crueldad de su dama. Así que acabó, le dije sonriéndome:—Caballero, nunca necesitará vd. emplear tales versos en sus galanteos, porque su persona no encontrará mugeres esquivas.—Vd. me favorece, respondió: los versos que vd. acaba de oír, los compuse para ablandar un corazon que yo creía de diamante, para enternecer á una dama que me trataba con un rigor estremado. Es preciso cuente á vd. esta historia, y al mismo tiempo sabrá vd. la de mis desgracias.



CAPÍTULO VI.

Historia de Don Gaston de Cogollos, y de Doña Elena de Galisteo.



RESTO hará cuatro años que salí de Madrid para Coria á ver á mi tia Doña Leonor de Lajarilla, una de las mas ricas viudas de Castilla la Vieja, y de quien soy único heredero. Apenas llegué á su casa, cuando el amor vino á turbar mi sosiego. Me puso en un cuarto, cuyas ventanas daban en frente de las celosías de una señora, á quien fácilmente podia ver, pues eran muy claras, y la calle estrecha. No desprecié esta proporcion, y me pareció tan bella mi vecina, que quedé apasionado de ella. Se lo manifesté prontamente con miradas tan vivas, que no podian equivocarse; ella lo conoció; pero no era de aquellas señoritas que hacen gala de semejante observacion, y todavia correspondió menos á mis señas.

Quise saber el nombre de aquella peligrosa persona, que tan prontamente trastornaba los corazones, y supe se llamaba Doña Elena, que era hija única de Don Jorge de Galisteo, que poseia á algunas leguas de Coria una hacienda de mucho producto: que se le presentaban frecuentemente buenos partidos, pero que su padre los despreciaba todos con la mira de casarla con Don Agustin de la Higuera, su sobrino, el que con la esperanza de este casamiento tenia libertad de ver y hablar todos los dias á su prima. No me desalenté por eso, antes bien se aumentó en mí el amor; y el orgulloso placer de desbancar á un rival amado, quizá me escitó mas que mi amor á llevar adelante mi empresa. Continué, pues, mirando cariñosamente á mi Elena. Envié tambien emisarios á Felicia, su criada para solicitar su mediacion. Hice igualmente hablar por señas á mis dedos; pero estas demostraciones fueron inútiles. La misma respuesta tuve de la criada que del ama. Ambas se mostraron duras é inaccesibles.